

PRECIOS
DE
LA SUSCRICION
UN PESO MENSUAL EN LA HABANA
y 10 rs. fts.
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.
Redaccion
CALLE DEL SOL N. 116,
A DONDE SE DIRIGIRAN
LAS COMUNICACIONES
Y RECLAMACIONES.



ESTE PERIODICO
SE PUBLICA
LOS DOMINGOS.
—
La Administracion
Está en la misma casa
DE LA
REDACCION.
—
EL NÚMERO SUELTO
Se vende á 3 rs. fts.

EL MORO MUZA.

Periódico satírico burlesco de Costumbres y Literatura,

DULCE COMO LOS DÁTILES, NUTRITIVO COMO EL ALCUZCUZ,

Y DIRIGIDO POR

JUAN M. VILLERGA.

NOVICIADO.



espues que el *Moro Muza* y sus dignísimos compañeros renunciaron á comer pescado, por aquello del mundo al revés, se fueron á un hotel donde se instalaron provisionalmente. A fé que la entrada en un hotel no presenta grandes obstáculos: lo difícil

es la salida, que no parece sino que cada fondista es un duque de Curlandia, favorito de la célebre Ana, emperatriz de Rusia. Entre las buenas cosas que de este insigne personaje se cuentan, es digna de mencion especial la proteccion que dispensó una vez á un empresario de teatros, amigo suyo. Este se quejaba de tener que suspender muy á menudo las funciones por indisposicion del público, y no sabia como componerse para ver siquiera una vez bien lleno el teatro, cuando le sacó del apuro su amigo Biren, duque de Curlandia, mandándole poner un día en el anuncio de una funcion la cláusula siguiente: "La entrada, *grátis*." Pueden ustedes calcular lo que su-

cederia. Los moscovitas, que, sin saberlo tal vez, eran ya maestros en la profesion de la guagua, concurren á borbotones, llenando no solamente las localidades, sino los pasillos y salas y ante-salas de todo el edificio; pero luego que el coliseo se vió tan favorecido, hizo el duque fijar carteles por dentro del local anunciando que la salida costaria dos rublos (cerca de dos pesos), medida que, además de contener por entonces los progresos de la *guagua*, produjo un capital para el susodicho empresario.

No quiero yo decir que los fondistas apelen á medios coercitivos como el citado Biren, pero si que hay bastante analogía entre los modernos hoteles del mundo entero y el teatro de Moscow en tiempo de la célebre Ana, con respecto á la facilidad de la entrada y dificultad de la salida, pues entra uno en ellos como Pedro por su casa, y á poco tiempo de haber entrado se halla en la mayor perplejidad, como que ha perdido la libertad de irse y el derecho de quedarse.

Por lo dicho se inferirá que la instalacion de los moros en el hotel, donde á cada uno le fué designada su correspondiente habitacion, no presentó ninguna dificultad, y como, segun les dijeron, faltaba todavía una hora para el almuerzo, se echaron..... no á dormir, sino á discurrir en que pasarían el tiempo. Unos quisieron celebrar su llegada á esta ciudad, tan justamente famosa por el tabaco, dándose un atracón de pipa;

otros, para disipar el sueño por el sistema de *similia similibus*, se pusieron á leer los periódicos, mientras el bajá Ibrahim Zaragaté y el bey Almanzor tuvieron el antojo de salir á dar un paseo por las calles.

El *Moro Muza* recomendó mucho á los paseantes la puntualidad á la hora del almuerzo, y continuó su doble ejercicio de leer los periódicos y saborear la pipa, diciendo de vez en cuando: "¡Qué tontería! ¡Qué inconsecuencia! ¡Qué imprevisión! ¡Esto no lo hace mas que un tonto de capirote!" Creían los otros que esto lo decia por algun sinsonte, y no iban descaminados, porque aludia en sus exclamaciones á un pajarraco muy conocido, llamado Luis Kossuth, cuyos últimos gorjeos le harán pasar por el mas acabado sinsonte de la diplomacia.

Pero á todo esto el tiempo se iba pasando, la hora del almuerzo debia sonar muy pronto y los paseantes no volvian, cosa que al *Moro Muza* le iba sabiendo á demonios, tanto que llegó á exclamar: "¡Esto es intolerable!"

—Mas intolerable es estotro, contestó Soliman, á propósito de uno de esos sonetos jaculatorios, mas malos que Cain, con que los malos poetas apedrean á sus amigos.

De pronto el huracan cien y cien truenos... Miento. No hubo truenos ni huracan, pero si algo que participaba de ambas cosas en las apariencias. Hubo, pues, un descompasado y atronador campaneo que hizo saltar

á todos los moros, los cuales asustados con un ruido tan infernal, echaron á correr por toda la casa gritando: "¿Donde es el fuego? ¿Donde es el fuego?"

Los demás huéspedes, por ese impulso natural que hace á los hombres correr hácia donde otros corren, siguieron el ejemplo de los moros. Los dependientes y criados de la casa corrieron tambien detrás de los huéspedes, y el dueño del hotel, justamente alarmado con tan inesperadas carreras y desaforados gritos, partió á galope detrás de los criados que seguían á los huéspedes que iban en pos de los moros.

Bien explicado el lance, dió lugar á una serie de sorpresas tan indescriptibles como la que sufrieron los habitantes de la Habana la otra tarde viendo de pronto iluminado el horizonte por un siniestro resplandor, que propiamente parecia un anticrepúsculo *prismático*. Los moros se sorprendieron de ver que donde en su concepto debia suceder algo, no sucedió nada, y de que para un acto tan pacífico cual es el del almuerzo se tocase á somaten. Los huéspedes, el dueño y los dependientes del hotel, se sorprendieron de que los moros se hubiesen sorprendido; pero la mas gorda, la mas sensible de las sorpresas para todos, fué la que les aguardaba en el comedor, donde tres ó cuatro perros, con igual suma de gatos, aprovechaban la oportunidad de la falsa alarma para devorar cuanto habia sobre la mesa. Pusiéronse todos hechos unos venablos, al ver la cruel perrada que se les habia jugado, y emprendieron una guerra de exterminio contra la infame gatería, que, en son de refunfuño, seguía entonando por los rincones el himno fúnebre del *Aquí fué Troya*. Entonces fué cuando el *Moro Muza* sintió verdaderamente la ausencia de Ibrahim Zaragate y de Almanzor, á quienes hubiera querido hacer partícipes, y no pios, del doble chasco de la campana y del ayuno.

Pero los paseantes no volvían, y como hubo tiempo de hacer un segundo almuerzo y de engullirlo sin que se presentasen, el *Moro Muza* empezó á concebir serios temores de que sus mejores amigos se hubiesen metido á cimarrones, con el grave peligro de que saliese á cazarlos D. Fernando de Aguilar, que para estas empresas se pinta solo, como que desde las lomas del Cuzco hace prisioneros á los que vagan por la sierra Maestra. Llegó la hora de comer; hicieron todos la digestión de lo que habian comido, y eso que entre otras cosas comieron melón de los trópicos que es una de las mas indigestas frutas que se conocen; comenzó, en fin, la noche á tender su negro manto sobre esta longaniza de tierra que el insigne *Colon* tomó por un continente, y los desertores no daban señales de volver á la querencia del comun estandarte.

—¿Qué será ello? decía para sí el *Moro Muza*; ¿que les habrá ocurrido á mis estimados compañeros? Si estarán ya tan muertos como pintan á varios de sus antepasados en el famoso telon de los moritos?

Y con razon abrigaba estos temores el buen *Moro*.

Porque al cabo y al fin... todo mortal
Que ha venido á este mundo desgraciado
Lleva el fin que llevó José Vidal.

Disponiéndose estaba ya el *Moro Muza* para tomar alguna providencia, cuando se aparecieron los fugitivos, el uno, Ibrahim Zaragate, con un gesto de vinagre como si le debieran y no le pagaran, el otro, Almanzor, con el cuerpo magullado y la cabeza rota, como si volviera de una batalla. He aquí lo que les habia sucedido.

Cuando salieron del hotel, en lugar de ir juntos tuvieron el caprichoso capricho de separarse, y á poco rato Ibrahim vió desfilar por delante de sus ojos la fúnebre comitiva de un entierro. Siempre ha sido él amigo de saber sin preguntar, por parecerse á los literatos que sin haber abierto un libro quieren pasar por omniscientes, y deseando averiguar lo que aquello significaba sin dar su brazo á torcer, tomó una volante dando al calesero la orden de seguir á los demás carruages.

Mientras no salió de intramuros nadie le dijo nada; pero luego que estuvo fuera de puertas, fué bruscamente interpelado por algunos señores, que, viéndose seguidos de un moro, tomaron por burla lo que solo era curiosidad. Pero Ibrahim se obstinó en ir adelante, y solo se arrepintió de su caminata cuando, en vez de la alegre romería que habia soñado, se halló á la puerta del Cementerio. Por mucho que en este mismo instante corrieran por el hotel los otros moros, mas corría Ibrahim en direccion á la Habana huyendo de la triste mansion á donde se habia dirigido sin quererlo, y luego que volvió á verse en intramuros dió al calesero una onza para que cobrase el importe de la doble carrera. ¡Vaya una casualidad! Regularmente los caleseros nunca tienen cambio; pero éste lo tuvo, y cobrando un peso por el alquiler de su vehículo, devolvió al moro los diez y seis restantes en doble número de monedas peruanas de las de 1830, que Ibrahim recibió con la dignidad de un califa, esto es, echándolas en el bolsillo sin contarlas.

A la verdad, el buen Zaragate no sentia que le hubiesen despedido de un entierro; pero lo mismo podian lanzarle de otra mas alegre ceremonia, y para evitarlo decidió vestirse á la europea, con cuyo objeto entró en casa de un sastre que al momento le tomó medida de todo lo que necesitaba; pero como en el hecho de ser moro no tenia el nuevo parroquiano trazas de ser muy católico, se le pidió alguna garantía por via de señal ó prenda. No hay inconveniente, dijo Ibrahim, y entregó al momento los treinta y dos medios pesos peruanos que le habia devuelto el calesero, y que produjeron en el sastre el efecto de treinta y dos banderillas; pero habiendo ya pasado la moda de ponerle á cualquiera como hoja de yerba-buena, se limitó á poner á Zaragate como hoja de perejil, diciendo entre otras cosas que le haria prender por monedero falso.

—Yo no soy monedero, gritó el nuevo parroquiano, yo soy Zaragate.

—Y bien Zaragate, replicó el sastre queriendo medir al moro las costillas, pero de muy distinto modo que la primera vez.

Atánadamente acudieron los honra-

dos vecinos á impedir la ruptura de las hostilidades, y al mismo tiempo hicieron entender á Ibrahim que los medios pesos que le devolvió el calesero eran efectivamente tan falsos como la peor mula de alquiler. Por lo demás extrañaron que siendo moro se hubiese dejado engañar como un chino. Esto sí que le indignó á Zaragate, y tanto, que se propuso recorrer la ciudad en todas direcciones buscando al calesero, no para pedirle el dinero sino mas bien para darle algo encima, siquiera fuese una paliza de aquellas que no se prestan fácilmente, como las monedas, á la falsificación. Pero, ¿quién sino Ibrahim Zaragate hubiera tenido la moruna ocurrencia de buscar á un calesero por las calles de la Habana, sin mas datos ó recuerdos que el ser negro dicho calesero, y montar un jamelgo mas flaco que su memoria? Sin embargo, el tal Ibrahim concibió esta diablura y anduvo todo el santo día hecho un moro errante por esas calles de Dios, hasta que desesperando de salirse con la suya por la llegada de la noche, se decidió á emprender una de las mas honrosas retiradas que habian tenido lugar en el presente siglo.

Respecto de Almanzor, supo desde luego el *Moro Muza* que habia estado preso y que, segun propia confesion del bey, todo ello habia sido por una majaderia. "Si, lo creo, dijo el Califa, y si hubiérais parecido en la demanda, seguramente se habria cumplido aquello de que no hay majadero que no muera en su oficio. Por lo demas, creo que no solo habeis estado preso, sino aporreado, á juzgar por esas heridas y contusiones que dejais ver, y me choca que en lugar de darostabaco en esta ciudad donde tanto abunda el género, mas bien parece que os han dado para tabaco..... y de firme."

Confesó de plano el bueno de Almanzor, declarando habersido víctima de una mas pesada broma que la que sufrió Ibrahim Zaragate. Segun su narración, luego que salió por la mañana del hotel, contrajo amistad con un chuseo de los mas redomados que ha visto en su vida, el cual ofreció, no solo servirle de guia sino ponerle al corriente de los usos y contumbres del país en pocas horas. El desconocido hablaba por los codos y empezó ponderando los buenos resultados que ha producido en la ciudad la ley del *ataja*, sin tomarse la pena de explicarla como era debido. Almanzor muy lleno de curiosidad por saber que era eso del *ataja* que tantos beneficios habia ocasionado, quiso á todo trance que su nuevo amigo se lo explicara.

—Nada mas sencillo, dijo este, y si quiere V. aprenderlo prácticamente para que nunca se le borre de la memoria, no tiene mas que echar á correr hasta lo último de esta calle gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡ataja! ¡ataja! pero le advierte que si la lección ha de ser completa, vea V. lo que vea, no deje de correr ni de gritar.

Dicho y hecho: el buen Almanzor, ardiendo en deseos de estudiar las costumbres prácticamente, partió á escape como un galgo sin dejar de gritar como un loco: ¡ataja! ¡ataja! ¡ataja!



Ya podrán figurarse mis lectores lo que sucedería tan pronto como el insensato bey puso por obra tan peligroso ensayo. Todas las puertas de la calle aparecieron como por ensalmo colmadas de jente; todas las personas que se aparecieron tenían en la mano algun arma ofensiva, y no viéndose correr á otro individuo mas que al mismo que gritaba, todas las armas fueron á chocar contra el muy cernícalo de Almanzor. Por aquí le caía una tranca encima de las costillas, por allá recibía un silletazo en una cadera, y como el muy terco no dejaba de correr para mejor apurar su lección, dieron en menudear los proyectiles como las gotas de agua en un chubasco. A todo esto el impertérrito moro sin temor al bombardeo que sufría, continuaba su carrera gritando cada vez con mas ardor: ¡ataja! ¡ataja! y creo que aun estaría dando tan heroica prueba de su estúpida tenacidad, á no ser porque viéndose al fin completamente bloqueado tuvo que entregarse, y como autor de una falsa alarma fué justamente conducido á un hermoso edificio que, entre otras garantías de seguridad para los inquilinos, tiene la de que nadie pueda salir de allí sin permiso del portero, es decir, que le metieron en chirona, mas claro, en la carcel, donde hubiera debido pasar algun tiempo para que aprendiese á ser cauto; pero al fin, convencidas las autoridades de que no habia obrado de mala fé, parece que se apiadaron de su suerte, imponiéndole por única pena la sufrida y amonestándole para lo sucesivo. No fué el Moro Muza tan indulgente con ellos, pues les echó una buena peluca, y ofrece no dejarlos en paz hasta que el uno en sus amores y el otro en todos sus actos, den pruebas de haber adquirido la cordura que les falta.

EL MORO MUZA.

DOS GALLOS IMPLUMES.

No sé por qué razones vinieron á las manos un guapeton de Regla y un terne de San Lázaro, mozos los dos de chispa, mozos de chapa entrambos, mas llenos de jabeques que el puerto gaditano, llenos de mas mordiscos

que dogo enamorado, cubiertos de chichones, henchidos de arañazos, repletos de rasguños y de palizas hartos, cuyos vestigios muestran en cardenales tantos que entiendo que aventajan al mismo Vaticano.

Pues, como digo, el hecho tuvo lugar el sábado, no lejos de la tienda qua llaman del Relámpago; y á fé que viene el nombre de perlas para el caso, pues si esos meteoros preludios son ó amago de fuertes aguaceros, de truenos y de rayos, la tienda que yo cito preludio es de nublados; que allí solo concurren discípulos de Baco, y hay tales peloteras, tal gresca y altercado, tal rumba, tales truenos y sendos borrascazos, que al verlos se recuerdan los lances pocos gratos del destructor, tremendo, famoso cordonazo.

Pegábanse en silencio mis dignos ciudadanos mordizcos en los puños, puñadas en los labios, y un círculo de ociosos, por no decir de vagos, con júbilo aplaudia los golpes redoblados. —Apuesto quince á siete por parte del reglano. gritó con voz vinosa un pillo perulario. Con voz aguarentina gritó otro pillo: «pago»; y aquí teneis, lectores, por magia transformados mis buenos matasietes en indio y talisayo. Súbito el lazaroni rompió el silencio extraño con que hasta allí intentaba moler á su contrario, y así le dijo: «Chico, creo que estás borracho.» Atónito el de Regla, le respondió: «No es raro; mas, ¿cómo has conocido que estoy calomacano?» —«En que, repuso el otro, hace ya largo rato te veo dos cabezas.» ¡Fundábase el muchacho! Pero la turba multa con gran desembarazo dió en armar tal rechifla burlándose de entrambos, que medio se corrieron, asiéronse del brazo, y fueron dando tumbos, los dos, caigo no caigo, á la taberna próxima, llamada del Relámpago, donde abstraccion haciendo del mundo y sus engaños, peneques moralistas de gustos anisados;

filósofos ecléticos, cuyos sistemas varios zozobran muchas veces entre lo tinto y blanco, probaron..... con ejemplos sabrosos, aunque rancios, que pues la vida es triste debe pasarse á tragos.

HARUM-AL-RASCHID.

MEMORIAS DE UNA VIUDA.

(Continuación.)

III.

Durante la luna de miel, que fué apacible y placentera, Carlos me prodigó las mayores pruebas de cariño. No he conocido jamás un hombre mas meloso ni guachinango. Me rio todavía, cada vez que recuerdo que llamaba á mi padre «papá» y le pedía humildemente la bendición. Rara vez salía á la calle y aun eso por corto tiempo, prefiriendo ir al paseo ó al teatro conmigo. Mi pobre padre, tan alucinado como yo, no se cansaba de decir en todas partes, que poseía en su casa una alhaja que no tenía precio..... ah! era demasiado cierto.

Dos meses despues de nuestra boda, Carlos salía de casa con mayor frecuencia y no pocos dias dejaba de comer con nosotros. Cuando mi papá le reconvenia con dulzura por sus frecuentes ausencias, Carlos pretestaba negocios urgentes y graves, y le creíamos, porque su semblante comunmente alegre estaba á menudo inmutado y caviloso. Entonces hablaba poco, correspondiendo con glacial desvío á mis solícitas caricias. Otros dias, empero, recobraba toda jovialidad, colmándome de mimos y de regalos.

—Así queremos verte siempre, Carlitos, decía mi padre, y no con esa cara de perro dogo que pusiste dias atras. ¿Qué diablos! Ignoro la clase de negocios que traes entre manos; pero aunque fueras comerciante..... una quiebra mas ó menos poco importa, para ti, se supone, y serias el primero que se apurase por un suceso tan comun.

—Papá, contestó Carlos, mis apuros son de otro género. Figúrese V., que hará dos años presté una fianza de diez mil pesos para favorecer á un amigo mio á quien trataban sus acreedores de rematarle una tienda de ropas. Pues bien, el muy bribon vendió el establecimiento, y se halla ahora, segun dicen, comiendo ostiones y roast beef en Nueva York, dejándome el encargo de pagar á sus ingleses. He tenido para ello que vender una de mis casas, y ya V. vé que no me habrá sabido el chasco á bizcocho.

—Seguramente. ¡Vaya un pícaro desoreja do! Y lo peor es que abunda la casta..... que da grima. Consuélate, hijo mio, que no por afligirte, volverá tu ingratisimo amigo de la vecina República, madriguera clásica de los tumbantes y refugio de los tramposos descarrados. A Dios gracias, nos sobra á todos con que vivir holgadamente aqui en familia, contentos y dichosos.

Sucedíanse los dias: Carlos seguía mostrándose unas veces alegre y amenudo triste y taciturno. Despues del desayuno salía, avisándonos que no le esperásemos á comer. Cuando regresaba eran las once ó las doce de la noche. Yo que no adivinaba la causa de tan extraño proceder, creí que Carlos me era infiel y le

aguardaba sentada en un sillón y resuelta á echarle en cara su p rfida conducta; pero cuando le veía entrar en el nupcial aposento, solo tenía valor para derramar un torrente de lágrimas, y arrojarme en sus brazos.

—Corazon mío, me decía, haces mal en esperarme así todas las noches, y peor aun en llorar.  Qu  tienes? No seas niña. Te juro que no amo en el mundo sino   ti. Si he tardado en volver   casa todas estas noches pasadas, apreciar s el motivo que para ello me ha asistido. Un amigo de la infancia, postrado en el lecho del dolor, sin recursos ni familia, ha solicitado mi auxilio y asistencia..... Ya v s que... Vamos, amor mío, basta de llanto, que luego papá al reparar mañana en tus hermosos ojos, me echar  una peluca.....

Mi padre todo lo observaba silencioso, no atreviéndose   dar crédito   sus propias sospechas y temores. Un día, no obstante, en que mi esposo, que había pasado la noche fuera de casa, se apareció   las siete de la mañana, el rostro pálido, hundidos los ojos, y abatido el semblante, tuvo mi padre con él una larga conferencia, que fué acalor ndose hasta el extremo de permitirme oír el siguiente diálogo.

—Repito, caballero, que V. nos ha engañado   mi pobre hija y   mí, como   unos perros chinos.....

—Permitame V. Sr. Coronel, que le haga observar que   nadie tengo que dar cuenta de mis acciones.

—La conducta de V. es la de un calavera... de un perdido.

—  rvase V. señor mío, moderar la energía de sus palabras. Si juego como V. dice, no juego, no aventuro sino mi dinero, y me parece que soy dueño de disponer de mi hacienda como me plazca. Por consideraciones hácia V. y cediendo   sus ruegos, he consentido en vivir en esta casa despúes de mi matrimonio con Conchita. De hoy mas, se lo aseguro, no me espondr    ser el blanco de amargas   injurias reconvencciones.

— Desgraciado! exclamó mi padre con voz baja, pero harto espresiva y enérgica..... Y  el porvenir de mi hija que le he entregado   V? Pues qué,  no la ama V., caballero?  Es posible que los halagos de una esposa jóven y bella que le adora, no refrenen en V. la funesta pasión del juego?  Qu  puede V. ambicionar?  Qu  le falta en esta casa?

—Nada quiero, Sr. Coronel, sino ser libre de mis acciones, y de paso dir    V. que no me agradan los consejos y mucho menos los sermones. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

— Pobre hija mía! exclamó mi padre, con acento de dolor y de angustia.

Dos días despúes de esta triste escena, mi esposo me condujo   una casa que se esmer  en alhajar con esquisito gusto y elegancia.—Además de mi fiel negrita Lugarda, tenía yo   mi servicio cuatro criados que me regal  Cárlos. Nada, pues, me faltaba sino mi pobre y excelente padre,   cuyo lado había vivido siempre.—Yo iba   verle todos los días con anuencia de mi esposo, que solo me había encargado el mayor secreto tocante   lo que en nuestra casa pasaba,   fin, decía, de ahorrar al viejo, así le llamaba, disgustos y homilias, y   mi lágrimas, y malos ratos. Merced   mi finjida alegría y bien simulada risa, [ya sabe el lector que en el arte de finjir era yo y aun soy maestra] mi papá me creía feliz   quizás quería   finj a también creerlo.

Lo  nico que él extrañaba era que no hu-

biese Cárlos reclamado mi dote. Si ese tunanuelo, decía, ignora que mi hija posee la parte de herencia que le dejó su tía, tanto mejor, pues no derrochar  el dinero al maldito juego; si, al contrario, sabe que Conchita tiene ese capital..... fuerza es confesar que está mi señor yerno haciendo alarde de una delicadeza muy rara, muy inverosímil en un botarate, dissipador y adepto   las brijan cas lides.

Esta incertidumbre le causaba algun consuelo, confiando él por otra parte, en que mis caricias, mis dulces consejos y continuas zalamer as retraer an insensiblemente   Cárlos del fatal simo tapete verde, volviendo   brillar en su pristino esplendor los días serenos de la luna de miel. Tan placentera idea hacía verter deliciosas lágrimas   mi pobre padre.  Ah!  Cu n breve fué su ilusión!

Cárlos sol a convidar   su mesa   alguno de sus amigos,   mejor dicho, compañeros de juego. Eran estos unos jóvenes, al parecer hastiados de todos los encantos de la vida, menos de los que brinda Brijan   sus secuaces. En sus rostros surcados por precoces arrugas, se dibujaban la calma y la indiferencia, mientras que bull an perennemente en sus corazones el ansia del lucro, el ego simo, la ambición desenfrenada y el insaciable ahinco de arrebatarse   porfía los favores de la fortuna. Sus modales eran por demás familiares y aun libres. Al principio me fastidiaba su conversación, pues esos señores no hablaban sino de *albures* y *gallos*, *judías* y *contrajud as*, *paradas*, *crucetas*, *guanajay*, *t mbas*, *ganarán* etc, y me hacía cruces oyendo aquellos hombres en su sano y completo juicio discutir con suma gravedad sobre si el *voy   van* fué el recurso del *banco*; que se le *arrancó*   Serafin por ser afecto   las *sotas*; que los *reyes* con sus capotes de *serenos*, son el terror de los que no *van* sino   las *contrajud as*; que *pata de perro* quebr  el *guanajay* y que s  yo cuantas cosas mas. Uno de los referidos amigos de mi esposo, llamado D. Cirilo, cuyos piés por mas señas, tenían la mala maña de querer retozar con los míos debajo de la mesa, el tal D. Cirilo, pues, hubo de notar mis aspavientos y prometí iniciarme en los misterios del famoso libro de las cuarenta, obra, en su concepto, la mas popular y llena de primores y bellezas de primer órden. Aunque naturalmente curiosa, como dicen, (no soy yo quien lo digo), que son todas las hijas de Eva, y anhelando además conocer aquella obra maestra, calculó lo que pudiera llevarme el profesor por sus lecciones y dándole las gracias al D. Cirilo, le dije que mi esposo llevaría   bien tenerme por discípula.

Un día, otro de aquellos caballeros me pidió permiso para presentarme   su esposa,   quien llevó por la noche   casa. Doña Dorotea, así se llamaba, era una señora ya mas que jamona, cuarentona, aunque lo negaba hasta el extremo de ar a ar al atrevido mortal que en chanza lo dijera; de un *feo* tan subido, que era una joya para un caricaturista; dotada además de una voz de bajo profundo que met a miedo, y de una flexibilidad tan estraordinaria en la lengua, que no parece sino que tenía en ella *pica pica*. Así que me vió exclamó doña Dorotea.

— Bendita sea la mas linda de cuantas jóvenes hermosas he visto desde que nací, que no fué ayer, pero tampoco la semana del otro j  ves, pues aunque dicen algunos tunos..... ah! hija de mi alma!  C mo est n los hombres del día!  Qu  poco galantes!..... y qué!..... pues, como iba diciendo, ya no recuerdo..... ah! ya caigo..... y   propósito, hijita, por poquito no

me caigo al apearme del quitr n..... tengo dos quitr nes..... Ya ni s  de lo que estaba hablando.....

—De los tunos..... de la edad de V.....

— Ah, s !.....  que perros!.....  pues no pretenden que teng  cuarenta años! Es verdad que no estoy ahora como cuando solo contaba trece..... dichosa edad, que me recuerda mis primeros amores.  Ah! Enrique mío, bien sabe Dios que te he perdonado; quisiste precipitar nuestro matrimonio por medio de un rapto... porque ha de saber V., alma mía, que Enrique me rob , pero dos horas despúes del rapto, volv , como el hijo pródigo,   la casa paterna. Mi padre, que era de la cáscara amarga, quería matar   Enrique para enseñarle   respetar otra vez   las inocentes doncellas, pero mi infeliz amante logró escaparse de la ciudad, disfrazado de carbonero. A los quince años de edad, me cas  con ese calavera de Ramón   quien V. conoce, y ya se ve, los disgustos, las privaciones, catorce malos partos, ocho muchachos como ocho terneros, s , hijita, ocho barrigones que me han dado una guerra, que me rio yo de las de sucesión Y   V.,  qu  tal le va con ese bribonzuelo de Carlitos?  Bien? No lo dudo, corazoncito; es V. tan preciosa y lind sima, que lástima fuera que no la adorara, sobre todo cuando est n ustedes, como quien dice, gozando de la luna de miel..... que despúes, no lo aseguro.  Los hombres, los hombres!  Ah! no s  como hay mugeres que quieren   los hombres. Yo los aborrezco. Ramón, así como V. le ve, larguirucho y con bigotes retorcidos, me tiene un miedo atroz. En mi casa no se o e mas voz que la mía y la de mis ocho condenados, que chillan como si los vecinos no los o eran. Afortunadamente todos son varones: las hembras dan menos brete, pero requieren mayor vigilancia, máxima si nacen con un corazon sensible, como yo, por ejemplo, que   los diez años de edad tenía cinco cortejos, sin contar con mi primo Luisillo, que era lindo como Cupido. Todavía conservo las cartas amorosas de todos esos pillastrones... Con que, linda Conchita, cuénteme V. algo; conf eme sus secretos, pues desde ahora y para siempre quiero ser su mejor amigo..... Ha simp tizado V. conmigo.



—Doy   V., contestó   doña Dorotea, las mas espresivas gracias, y cu ente V. con mi amistad.

— Ay! cielo santo, déjame darte un beson muy chillado. De hoy mas seremos inseparables. Por de pronto, me quedo hoy   comer contigo y   la noche te llevará   mi casa, donde pasarás un buen rato.

—Se lo diré á mi marido, y si él consiente...
 —¡Que disparate! No te acostumbres á eso, hija mia, que luego se ponen muy engreídos los hombres..... Además, tu esposo nos acompañará precisamente, puesto que él va todas las noches á mi casa. ¿No lo sabías? ¿No? ¡Pobrecita! ¡Dejarte sola en casa como los gatos, mientras él se divierte!..... ¡Eso no tiene perdón de Dios! Eso no es justo, y haces mal en sufrirlo. ¡Que habia Ramon de salir á la calle sin llevarme cosida á los faldones de la levita! ¡Buena soy yo para eso!

—Será V. celosa y.....

—¡Ay, hija! como una gata: es mi único defecto.

Durante la comida, doña Dorotea no dejó meter baza á nadie, sin dejar por eso de comer como una nigua y menudear los tragos de vino y de champaña como un adepto de Baco.

Al anocheecer fuimos todos á casa de doña Dorotea. Ya nos estaban esperando con impaciencia dos ó tres señoras y ocho ó diez caballeros, entre los cuales se hallaba el bueno de D. Froilan, mi antiquísimo novio. Tan luego como me vió, me dijo con maligna sonrisa:

—Bien venida sea la linda Conchita en este convento.

—¿Quien está hablando de convento? exclamó doña Dorotea; ¡ah! es el amigo D. Froilan. ¿Cómo vamos, querido amigo? Vaya, me alegro mucho. Está V. mas repuesto, mas gordo..... y de buen color..... ¡Ay, Conchita! ¡si hubieras visto á D. Froilan, hará cosa de cuatro meses!..... ¡Jesus! Daba compasion, como que ya olía á difunto. Ya te contaré esa historia..... Unas huérfanas..... unos sobrinos..... unas botijas llenas de peluconas..... Vamos, señores, ocupad vuestros puestos..... Serapio, registra la azotea y plántate luego en la esquina de la calle, como un sereno, y ya sabes..... tres pitazos..... Miguel, cierra las ventanas y la puerta, y si tocan, corre á avisarnos.

Entre tanto, D. Froilan sostenia en voz baja una acalorada disputa con mi esposo. Parece que Carlos logró convencer al judío, pues este se despidió de nosotros con muestras inequívocas de contento y alegría.

Pasamos en seguida al aposento principal, donde cada cual ocupó su asiento al rededor de una ancha mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual ardian dos velas de esperma.

Doña Dorotea me hizo sentar á su lado para darme, segun decia, las primeras lecciones en la árdua ciencia del inmortal Brijan, por cuyo retrato hubiera ella dado sin duda los años que de su verdadera edad se quitaba.

La buena señora era maestra consumada, mas diré, doctora en toda clase de juegos, desde la *brisca* hasta el prohibido del *monte*, que era su favorito, llevando el vicio al extremo de haber pasado dias enteros *tallando* ó *apuntando*. Desgraciadamente doña Dorotea tenia un defecto grande, imponente y que infundia en todos los jugadores un respeto hácia ella, que rayaba en terror: era mi amiga una tramposa *di cartello*, una *cuca ad vicenda*, y sobre todo, una *carañuelista* (*) furibunda. Por lo demás, cuando ganaba, tenia ocurrencias chistosísimas; no así cuando la fortuna le era contraria: entonces se tornaba en una terrible

leona, echando sapos y culebras contra el *banco*, los *puntos*, y particularmente contra su pobre marido, que era el que pagaba el pato.

Empezó la sesion, no sin que antes uno de los *puntos*, segun las formalidades de estilo, hubiese pedido licencia para presentar á un nuevo cofrade, que fué desde luego admitido unánimemente. Doña Dorotea, como dueña de la casa, empezó á cumplimentar al neófito D. Inocencio en un discurso que afortunadamente interrumpió el *banco* con la solemne palabra: «Juego.»

Carlos no estaba de vena. Yo no me atrevia ni á mirarle. Doña Dorotea, que no habia acertado ni una carta, empezaba á gruñir sordamente, pero como era muger de recursos, se vengó de su mala suerte cobrando una *parada* de dos onzas que habia jugado D. Inocencio.

—Señores, dijo con acento afligido; señores, ¿dónde están mis dos *catatas*? ¿Quién las ha cobrado? ¿Quién me ha hecho *carañuela*?

Entonces se oyó entre los jugadores un murmullo sordo y voces confusas que decian: «esa ha sido doña Dorotea, esa ha sido doña Dorotea.»

Doña Dorotea, serena é impertérrita, procuraba consolar al pobre D. Inocencio, aconsejándole que no perdiese de vista su dinero.

El neófito volvió á jugar, y dirigiéndose al banquero, le dijo:

—Libro la puerta y libro tambien á doña Dorotea.

(Se continuará.)

ZULEMA.

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS.

Ya le anime la malicia,
 Ya le inspire la inocencia,
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

—¿Qué piensas de D. Pascual
 El de la sonrisa amable,
 El que parece intachable,
 Dulce, espléndido y formal?
 —Me parece un buen sujeto,
 Digno de todo respeto.
 —¡Vaya una opinion propicia
 Sobre un hombre sin conciencia!
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

—¿Que dices de aquel que pasa
 Lleno de andrajos y hambriento,
 Cuando ayer era opulento
 Vástago de noble casa?
 —Aunque de él nada he sabido,
 Pienso que será un perdido.
 —Pues nó, que agena codicia
 Es causa de su indigencia.
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

—¿Que juzgas al ver el porte
 De aquella dama elegante.
 Fino, hermoso, deslumbrante
 Floron digno de una corte?
 —Mucho á mi entender blasona
 De respetable matrona.

—Pues bien: por una caricia
 Que finge, tiene opulencia:
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

—¿Que piensas de esa hermosura
 Jóven, triste, abandonada,
 Que te pide avergonzada
 Socorro en su desventura?
 —Pienso que al hablarla, luego
 Su honor rendirá á mi ruego.
 —Te engañas; nadie la vicia
 Y de ello hay larga experiencia.
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

Diga, hermano: ¿que imagina
 De ese que el mundo recorre
 Y á los mendigos socorre
 Al volver de cada esquina?
 —Que ese es un ángel del cielo
 Y de los pobres consuelo.
 —No, de su orgullo es delicia
 Que le llamen providencia.
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

¿Ves aquel señor adusto
 De gesto rudo y feroz
 Riñendo con fuerte voz
 Por un despilfarro injusto.....?
 —Con ese, si, no me engaño:
 ¡Es un bruto y un tacaño!
 —No das pruebas de pericia,
 Que es la caridad su esencia.
Quien juzga por apariencia
Fallará con injusticia.

ALIATAR.

ANTONIO PEREZ.

He aquí un nombre y un apellido de los mas vulgares si se consideran aisladamente, pero que reunidos son mas vulgares todavía. Parece imposible, segun las exigencias de nuestra imaginacion que nos hace ver por lo comun cierta analogía entre los nombres de las personas y el papel que estas representan en el mundo, parece imposible digo, que un hombre llamado Antonio Perez, haya podido figurar en la lista de los secretarios de Estado y sin embargamente, como dijo el otro, todo el mundo sabe que un Antonio Perez, bastante célebre por sus desgracias, mereció por mucho tiempo la honra de ser secretario del rey Felipe II. Era hombre erudito, audaz y de grande espíritu, segun dice un historiador; pero yo, que no soy historiador ni lo pretendo, creo que la celebridad de Antonio Perez no se ha debido á su erudicion, ni á sus escritos tanto como á sus desgracias.

Doy por supuesto que todo el mundo sabe mejor que yo la historia de Antonio Perez, y por esta razon la suprimo, limitándome á dar solo una ligera idea de los infortunios de aquel ilustre hombre que es el fin que me propongo. En primer lugar basta decir que de las regiones del favor pasó subitamente á un calabozo, donde perma-

(*) Distinguese con este nombre á los jugadores que cobran *paradas* ó *puestas* ajenas. En España se les llama *levanta-muertos*.

neció la friolera de once años, y esta es una de las mas terribles desgracias que pueden afligir á un hombre. Despues supo que se le atribuian fechorias de marca mayor, entre otras la muerte de Escobedo, y si realmente no era culpable ó no lo era tanto como entonces se dió á entender, debe mirarse como una inmensa desgracia el verse un hombre agoviado por tantas y tan graves acusaciones como las que pesaron sobre Antonio Perez. Por fin, pudo salvar la vida huyendo á Francia, pero fué tan tremendo el castigo de los que facilitaron su evasión, que seguramente debió Antonio Perez haber mirado su fuga como la mayor de sus desgracias. Aquí podemos dar punto á la primera série de las desgracias del famoso secretario de Felipe II, y ahora empieza la segunda, que á mi juicio es la mas lastimosa.

En la época del melenudo romanticismo, allá por los años del 35 al 40, cuando no habia estravío de la imaginacion que no estuviera en boga, con tal que fuese adornado con puñales, venenos, negros capuces y otras monstruosidades que á la sazón daban miedo, por mas que hoy nos hagan reventar de risa, hubo un poeta que se acordó de Antonio Perez para hacer un drama y lo que es mas sensible, un mal drama, y lo que es mas doloroso, un drama del peor gusto romántico, y francamente, por mucho que la fortuna tratase de acongojar al buen Antonio Perez en los últimos años de su vida, nunca pensaria él que al cabo de mas de dos siglos empezaria verdaderamente á ser desgraciado, como lo fué inspirando una tan deplorable concepcion dramática cual la de que llevo hecha mencion. Pero el caso es que la ejecucion correspondió perfectamente á la obra, y el infeliz Antonio Perez se vió una vez representado en la escena por un actor tan fatal, que por odio al actor deseaba todo el mundo ver ajusticiado al protagonista; de modo que ya entonces se convenció todo el mundo de que no podian llover mas desventuras sobre el infortunado Antonio Perez.

Mas, ¡ay! cuando una mala estrella da en alumbrar á una persona mientras vive, parece prometer que no dejará de bañarla con su siniestra luz hasta la consumacion de los siglos. Tal es la reflexion que me hacia yo un dia leyendo un soneto de los mas abominables que han visto la pública luz en la seccion de remitidos de la *Prensa*, y eso que la citada seccion del mencionado periódico parece tener imán para los malos sonetos. Y la reflexion indicada no me ocurrió por una estravagancia de mi carácter, sino porque dicho soneto, uno de los mas calamitosos que hayan producido los que no saben hacer otra cosa, llevaba al pie la respetable firma de *Antonio Perez*.

Esto ya es demasiado. ¿Que un hombre pase del poder á la desgracia, que le supongan autor de la muerte de Escobedo, que le acusen de un cúmulo de delitos de los mas atroces, que vea severamente castigados á los que contribuyeron á salvarle, que inspire una funesta composicion dramática, y en fin, que su carácter sea mas antipático

en el teatro que en la historia, por culpa del actor encargado de interpretarle, son todas desdichas enormes; pero que aparezca un dia su nombre y apellido autorizando un fatal soneto de natalicios, con el grave riesgo de que se le pueda atribuir el milagro de haberlo escrito y pase á los ojos de la posteridad por un sinsonte, sin comerlo ni beberlo, esto es lo que nunca hubiera sospechado el desventurado Antonio Perez en medio de sus mas negros presagios y amargos aflicciones.

Por fortuna, el soneto es bastante bueno en su género, por lo mismo que es de lo peor entre lo mas malo, y como esta clase de composiciones deben juzgarse á la inversa de las otras, queda para la memoria de Antonio Perez el consuelo de que se le atribuya lo que de puro malo raya en lo sublime. Voy á copiar el soneto para que nadie me tilde de exagerado. Dice así:

EN LOS NATALES del apreciable joven D. J. V.

SONETO.

Henchido de placer y de alegría
Al ver en Oriente tu risueña aurora,
Una corona va formando *Fora*
Para ornar á tus sienes en tu dia.
Pero yo con mi rústica y pobre poesia
Flores te brindo solamente ahora,
Y que jamás la muerte contra tí traidora
Disponga su guadaña *tan tremenda y fria*.
Que entre los bardos de mi rica Antilla
Pulses tu lira tan melosa y suave,
Cual la del sublime y sin rival Zorrilla;
Y que el oír tu inspiracion *el ave*
Alee su vuelo y en la mas hermosa orilla
En su cancion tan solo diga, *el don te cabe*.

¿Qué os parece, amados lectores? ¿No convenís conmigo en que este soneto tiene de comun con los toros aquello de que nunca merecen mas fama de buenos que cuando hacen mas estragos? Nada dirémos de la medida de los versos segundo, quinto, séptimo, undécimo, décimo-tercero y último, sino que pertenecen á lo que los matemáticos llaman incommensurable; pero ¿qué opináis de la coronita que va formando *Fora*, no para ornar las sienes, sino á las sienes del favorecido? Pues, ¿dónde me dejais una guadaña *tan tremenda y fria* como la de la muerte contra tí traidora? Y, por último, ¿no es cosa de hacer un viaje al Nuevo Mundo solo por ver *el ave*, (que aunque no se diga cuál es *el ave*, siempre es *el ave*) remontarse en la mas hermosa orilla (que aunque no se indique á qué río pertenece, debe ser una orilla muy hermosa), y todo para decirle á un hombre en su natalicio: *el don te cabe*?

Fuera de broma, esto ya es demasiado. Antiguamente habia la costumbre de decirle á todo el mundo que se le colgaria cuando llegara el dia de su santo, y si continúa el abuso de los sonetos de natalicio por el estilo del que dejo copiado, creo que se cumplirá de veras lo que ántes se decia en chanza, con la diferencia que nadie querrá esperar á que le cuelguen pudiendo hacerlo por sí mismo. ¡Pobre Antonio Perez! ¿Y será posible que alguien le crea, con el tiempo, autor del peor soneto de la seccion de remitidos de la *Prensa*? Pues esto seria tan divertido como si se le atribuyese el mejor artículo editorial del mismo periódico.

EL MORO MUZA.

CRÓNICA.

Donde menos se piensa salta la liebre.—El Dominó Azul.
—Safó.—El Postillon de la Rioja.—Chiarini.—Compañía dramática.—Bailes.

—A tiempo llega V., amigo D. Juan, exclamó el *Moro Muza*, al ver entrar en nuestra casa al hijo del andariego; vamos, tome V. café, que le sabrá á V. tanto mejor, cuanto que se siente ya. así..... un fresquito mas que regular.

—Pues qué, ¿no le place á V. este tiempo tan sabroso, en que goza uno de mas completa salud, come con mas apetito, trabaja con mayor gusto, duerme quietecito sin dar vueltas y mas vueltas ni sudar á mares?

—Todo eso es muy bueno, pero prefiero el calor, mi buen baño, mis refrescos, mis frutas deliciosas, como la *fruta bomba*, el coco, el *melon de agua* y la piña. ¿Qué quiere V., amigo? El frio es mi *mayoral*. Hay mas: bien sabe V. que he llevado en mi tierra una vida *salomoniana*, y el maldito frio despierta los reumatismos causando dolores sin cuento muy desagradables, porque, á consecuencia de la falta de transpiracion espontánea, se reconcentra la fuerza vital..... pero, Alá me perdone, que estoy hablando como los médicos de lo que no entiendo. Tratemos de otra materia. Amigo, el bajá Ibrahim-Zaragate se las va á lucir en grande escala.

—Usted se chancea, Sr. de Muza..... ¿Zaragate?

—El mismo que viste y calza.

—¿Ha compuesto quizás alguna poesia, algun artículo picante y chistoso, salpicado de alusiones *personales*?

—¿Qué! Eso lo hace cualquier chisgaravis sin pudor ni respeto á las consideraciones sociales.

—Pues, no acierto.....

—Es un proyecto de su invencion, proyecto grandioso, nuevo, nuevecito, flamante, que yo, á la verdad, nunca me hubiera imaginado que pudiese haber concebido el abultado meollo de ese demonio de Zaragate..... Pero ahí viene él, que, mejor que yo, explicará el susodicho proyecto.

—De poco se asombran ustedes, dijo Zaragate; no es nada, Sr. D. Juan, nadita. Ha llamado mi atencion el pésimo piso de las calles de esta capital, y he dicho para mi capote: "puesto que el remedio aplicado hasta la fecha no es sino un mero paliativo y que, mientras se compone una calle, se descomponen las demás, y por tanto es el cuento de nunca acabar, voy á indicar al mal un medicamento heróico, enérgico, eficazísimo, y sobre todo, tan sencillito que de extrañarse es y muy mucho que sea yo, un pobre moro, el que al cabo de años mil lo haya descubierto.

—Al grano, Zaragate, al grano.

—Pues señor, compónganse todas las calles de la ciudad simultáneamente, empleándose en esta obra cuantos brazos se necesiten, máxime cuando estos sobran y permanecen ociosos, sin duda, aguardando

que se ponga en planta el tal proyecto.

—Pero, amigo Zaragate, repuso D. Juan, mientras dure esa obra asombrosa ¿por donde transitarán las gentes, los carruages, los carretones, las carretas, los animales?..... ¿Ignora V. que la Habana es una ciudad populosa y mercantil, que vive del tráfico y de la industria?

—Todo está previsto, amigo; y al efecto se construirán *pasages* que pongan en comunicacion los tejados y las azoteas de las casas, y por ese medio, en sumo grado ingenioso, en nada se perjudican el tráfico ni la comodidad de los habitantes de la ciudad. Lo único que se estrañará, es que lo que antes pasaba de tejas á bajo, sucederá interinamente de tejas arriba.

—¡Magnífico! ¡magnífico! esclamaron don Juan y mis compañeros, abrazando á Zaragate.

—Gracias, dijo el buen bajá sumamente conmovido, gracias, amigos, y pueden ustedes creer que ese proyecto me ha venido á la mente..... así..... así.... sin esfuerzo.... sin el mas leve doloreito de cabeza.

—Nada, hijo, nada, exclamó el *Moro Muza*; sigue así, que irás lejos..... *tu Marcellus eris*.

—Hablando de otra cosa, dijo D. Juan; ¿ha vuelto V. á ver y á oír, Sr. de *Muza*, el *Dominó azul*? Esa si que es música preciosa, ¿no es verdad?

—Ya la he celebrado con la imparcialidad que acostumbro. Para mí el genio no tiene patria: el mundo es suyo. Me deleito con “El barbero de Sevilla,” con “Jugar con fuego,” con “El grumete,” con “El valle de Andorra,” con “Hernani,” con “Nabuco,” con “El dominó azul,” y ni conozco á Rosini, ni á Arrieta, ni á Gastambide, ni á Verdi, ni á Barbieri, ni necesito conocer á esos señores para juzgar, segun mi leal saber y entender, sus hermosas creaciones musicales.

Por muchas prevenciones que tuviese yo, como moro, contra España, no podría negar que á esta nacion, además de sus excelentes compositores de música sagrada, le es dado presentar con orgullo á los detractores de sus glorias artísticas á Eslaba, Saldoni, Carnicer, Arrieta, Gastambide, Barbieri, Oudrid, Hernando y otros. De Eslaba ha dicho el eminente crítico belga Mr. Fetis, que España poseía en aquel compositor uno de los mejores contrapuntistas del orbe.

El Sr. Folguera, aunque no completamente restablecido de su penosa indisposicion, me agradó bastante en el referido “Dominó azul,” desempeñando por primera vez en esta temporada el papel del Marqués de San Marín. El público recibió al apreciable y laborioso barítono con muestras inequívocas de satisfaccion, aplaudiéndole además en varias piezas de la zarzuela, la cual, con el refuerzo del Sr. Folguera, quedó bien ejecutada, mereciendo por tanto la aprobacion de los *dilettanti* admiradores de la música buena, sea rusa ó circasiana.

Para el miércoles estaba anunciada la ópera “Saffo,” en la que se presentaría por primera vez ante el público habanero la se-

ñora Adelaida Cortesi. La “Saffo” es, sin disputa, la obra maestra de Pacini; abundan en ella piezas bellísimas, particularmente el gran final del 2.º acto que es sublime. En esta produccion hizo fusion Pacini de las dos escuelas italiana y alemana. El *Moro Muza* nos dijo respecto de la representacion de dicha ópera, lo que sigue:

La Sra. Cortesi —Esta artista es una sobresaliente cantatriz: su voz de *mezzo soprano* es pastosa, flexible y de bastante volumen en las notas bajas; no así en las altas que ataca con poca firmeza. Su método de canto es bueno, y frasea bien y con sentimiento y energía. Como actriz, mayores son sus facultades, reuniendo á su bellísima y magestuosa presencia en la escena, un aprovechado estudio de las tablas. El público, poco galante al principio con la Sra. Cortesi, en su primera *sortita*, acalló muy pronto *cualquiera prevencion* que pudiese abrigar, para aplaudir á la verdadera cantante, á la excelente actriz, que no *grita* como otras de reciente remembranza. La notabilísima artista fué llamada á la escena tres veces después de su conmovedora ária final.

La Srta. Phillips. Esta gentil *donnetta* es una buena *contralto*: su voz es de buen timbre y volumen, que no necesita, por cierto, que se esfuerze la cantante en ahuecarla. La graciosa Srta. Phillips es muy jóven aun y con el buen modelo que posee en la Sra. Cortesi, puede adelantar mucho en la parte dramática. Por lo demás, el público la aplaudió en las piezas de canto.

El Sr. Gassier. Como actor, nada deja que desear en toda la ópera; como cantante no luce tanto, pues me parece que la *parte* de Alcandro está escrita en una *tessitura* demasiado baja para el apreciable barítono.

El Sr. Lorini. Este tenor no estuvo muy feliz en el papel de Faon; aunque dice Zaragate que el Sr. Lorini posee una voz dulce, igual, flexible y que nunca desafina. ¡Cosas del buen bajá!

Los coros merecen honorífica mencion; no así el Sr. Director de orquesta, por su incierta batuta en el *andante* del aria de Alcandro y en la entrada de algunos coros.

En cuanto á la *mise en scene*, los anacronismos están á la orden del día, ó de la noche. En la “Saffo” se ven primores en este género: sillas y mesas del tiempo de Felipe V, una banda de músicos griegos con un enorme *bombo* de mayúsculo calibre, atornador é insufrible. Es verdad que el inteligente Director de escena, conociendo (*ah! tropo tarde*) su garrafal error, tuvo á bien mandar al Sr. bombero ó bombista que se metiera entre bastidores, lo cual verificó este *musicante*, azorado él mismo de verse en Lésbos en compañía de los aurispices, sacerdotes &c. &c., cuando quizá la noche anterior estuvo luciéndoselas en la plaza de Armas de la Habana.

Per pietá, signor Direttore, per carità; basta di tanti despropositi é d'anacronismi, é tutto andrà benone. ¿Capisce?

El juéves último nos ofreció la compañía lírico-dramática la zarzuela “El postillon de la Rioja,” cuyo argumento no carece de originalidad; dando lugar á escenas gracio-

sas y de efecto. La música es ligera y está salpicada de *motivos* nacionales que agradan siempre, y sino, apelemos al *bolero* del acto primero, muy bien cantado por la señorita Ramirez y los señores Grau y Rojas, y que se repitió á instancias del público. Nosotros hemos oído muchas óperas de Verdi, Rossini, Bellini, Pacini, y demás señores *ini* y no recordamos que hayan compuesto aquel precioso *bolero* que vale por sí solo en su género tanto como cualquier terceto *francés ó italiano*. El público aplaudió mucho la zarzuela á que nos referimos, celebrando con justicia á la señorita Ramirez que estuvo felicísima en el papel de la vieja ochen-tona, y la misma ovacion alcanzaron los señores Grau y Rojas.

—Caballeros, dijo D. Juan, pongo en vuestro conocimiento que en el último vapor ha llegado á esta capital el hábil y aplaudido artista ecuestre Sr. Chiarini, quien os proporcionará muy en breve ratos de ameno solaz en la hermosa plaza de Belascoain, con una escogida compañía que se aguarda proximately de Nueva York.

Pronto disfrutaremos tambien de los deleites que brinda Talia á sus numerosos apasionados en esta culta ciudad. El antiguo y distinguido actor D. Pedro Viñolas, ha logrado formar una compañía dramática con la cual se propone trabajar en el teatro de Villanueva. Es de esperarse que los aficionados al teatro nacional contribuyan con su poderoso apoyo á alentar en sus tareas al apreciable é inteligente Sr. Viñolas, lo que deseamos de corazón.

Entre tanto, y para divertiros en estas largas noches de nuestro tropical invierno, ahí os ofrecen á porfía *Escauriza* y la *Bolsa* los encantos de Terpsicore y Momo. No deje de concurrir á esos bailes el hermanito Almanzor, que estoy seguro de que se distraerá allí de su enojoso y sempiterno *spleen*.

MUSTAFA.

ARABESCOS.

¡HE MUERTO!

Un comerciante se disponía á cerrar una carta que acababa de escribir á su correspondiente, cuando de repente le acomete un ataque de apoplejia fulminante, y queda en el acto sin vida. Su dependiente escribió al pié de la carta lo siguiente: “Escrita ya mi carta, he muerto.” Acto continuo la cerró y la mandó al correo.

CORRESPONDENCIA SINGULAR.

Una muger escribió un día á su marido ausente la siguiente carta, que puede citarse como un modelo en su género: “Te escribo porque nada tengo que hacer; y concluyo porque nada tengo tampoco que decirte.”

EL HOMBRE DISCRETO.

Un hombre llevaba á tal extremo la discrecion, que decia una vez á sus amigos: cuando amo á una muger me conduzco de modo que ella nunca lo sepa.

EL GATO Y LA MUÑECA.

Preguntaban á una niña de seis años de edad á quien quería mas, si á su gato ó á su muñeca. Despues de haberse hecho de rogar largo tiempo, dijo al oido de una de las personas presentes: prefiero mi gato, pero no se lo diga V. á mi muñeca.

LAS MUGERES Y EL CELIBATO.

Proponian á un caballero un matrimonio sumamente ventajoso. Sres., dijo, dos cosas hay en el mundo que me han gustado sobremanera, á saber: las mugeres y el celibato. Ahora bien, he perdido mi primera pasion y me parece justo conservar la segunda.

TEMOR FUNDADO.

Un pobre irlandés que bien á su pesar veia que iba á emprender el viaje al otro mundo, recibió la visita de uno de sus amigos que, despues de los consuelos de costumbre, le dijo: "vamos, un poco de valor; bien sabes tú que es forzoso morir una vez en la vida"—¡Ah! eso es cabalmente lo que me duele, contestó el moribundo; si uno muriese diez ó doce veces, poco cuidado se me daria.

LA RECONCILIACION.

Un célebre bebedor que jamás bebia agua, pidió en su lecho de muerte un gran jarro de aquel líquido, diciendo: cuando uno va á morir debe reconciliarse con sus enemigos.

LA EDAD DE MAHOMA.

Preguntaban á un aldeano que cual fué lo primero que hizo el Profetas cuando hubo cumplido los treinta años de edad.—Toma, contestó; lo que hizo fué entrar en los treinta y uno.

EL AMANTE PUNTUAL.

Un jóven dotado de un carácter un poco vivo, escribia un dia á su amada la siguiente esquila que nada deja que desear respecto de la claridad y, sobre todo, de la precision.—"Te ví el lunes; te amé el martes; te escribí el miércoles; echaré la carta en el buzón el jueves; la recibirás el viérnes; te pondrás en camino el sábado para venir á casarte conmigo el domingo."

¡POBRE ZULEMA!

El Moro Muza.—Acércate, hija mia; ¿Qué es eso? ¿Te ha faltado al respeto Zaragate?

Zulema.—No señor; un periodista que "ni vive de sus obras ni las dá á luz por lisonjear su amor propio", ha emprendido la tarea de criticar las "Memorias" que estoy publicando y sostiene que éstas están plagadas de defectos, de incongruencias.....

El Moro Muza.—Linda mia, yo estoy leyendo tu modesta obrita y te aconsejo que te ciñas á contar tu lastimosa historia lisa y llanamente, sin buscar camorra con los señores periodistas que llaman de alta escuela, gente de no muy buenas pulgas y que no aguanta sátiras. Ya lo sabes para otra vez. ¿Qué entiendes tú, pobrecita, de artículos de fondo, ni de costas, ni de al parecer? Te advierto tambien que en el año de 53 no habia en la Habana pollos ni pollitas que invadieran las puertas de los templos, sino lechuguinos que se entretenian en requebrar á las lechuguinas cuando éstas entraban ó salian de las iglesias, costumbre que data del 53 al presente año de gracia y de miserias humanas que dan grima. Por lo demas, no temas, que los que tanto te critican no irán á Mazorra.

ISMAEL.

REVISTA DE SABIOS.

«El hombre que se tiene por mas independiente, aun es esclavo del aire que respira.»—*Madama Necker.*

Madama Necker valdria un Perú para las operaciones del alambique.—*El Moro Muza.*

Dice *Larochefoucauld*: «¿Cuánto nos avergonzaríamos de nuestras mas bellas acciones, si el público viese los motivos íntimos que nos han decidido á practicarlas!»

Y contesta el *Moro Muza*: Si los motivos fuesen malos, de los motivos debíamos avergonzarnos, pero nunca de las buenas acciones.

«Los que saben mucho se admiran de pocas cosas, y los que no saben nada se admiran de todo.»—*Séneca.*

He aquí una de las muchas vulgaridades que usurpan sin razon el lugar de las grandes sentencias, y en prueba de ello, póngan-

se un ignorante y un inteligente á contemplar un cuadro de Rafael. ¿Qué sucederá? Que el inteligente se admirará de un millon de bellezas, allí donde el ignorante no se admire de ninguna.—*El Moro Muza.*

Y dice *Michaud*: «La vanidad suele á menudo darse la mano con la bajeza.»

Y replica el *Moro Muza*: *Convenuto.*

«Cuando se destruye una preocupacion antigua, es necesario fundar una virtud nueva.»—*Mad. de Staël.*

Pero siempre conviene destruir la preocupacion, porque á no ser así, la sociedad tendria una virtud de menos y una preocupacion de sobra, que serian dos males.—*El Moro Muza.*

«Los tontos siempre tienen talento suficiente para ser malvados.»—*Franklin.*

Traslado á quien corresponda.—*El Moro Muza.*

«El amor, que no es mas que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera en la vida de las mugeres.»—*Mad. Staël.*

Ya se supone que fué leon el pintor.—*El Moro Muza.*

«No hay cabezas mas vacías que las de los hombres que están llenos de sí mismos.»—*Máxima inglesa.*

Muchas cabezas vacías hubo siempre; pero nunca tantas como en el dia.—*Máxima moruna.*

«A la larga concluye uno por creer en los elogios que compra ó que se hace á sí mismo.»—*Séneca.*

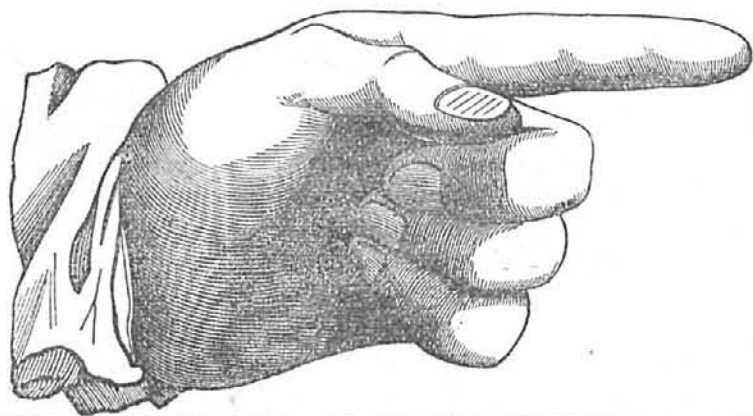
Cierro la sesion aquí, por no conceder la palabra á los muchos que la pedirian para contestar á una alusion personal.—*El Moro Muza.*

OBSERVATORIO DEL SENA.

ASTRONOMIA.—Segun buenas noticias que se han recibido de la Enramada, en toda la semana próxima despuntará el sol por el oriente, con acompañamiento de gorgoritos, música del maestro Sinsonte.

METEOROLOGIA.—El tiempo sigue muy seco, por cuya razon es de esperar que lloverá, y hacia abajo, si no fallan los cálculos de Ibrahim Zaragate.

POLITICA.—Segun frescas noticias de la periódica *Prensa*, ya se ha hecho la solemne declaracion de guerra entre guelfos y gibelinos. Añádese á última hora que ha muerto Luis Felipe.



OJO AL ANUNCIO.—Muy chica es la mano con que se llama la atencion de los lectores sobre este anuncio; pero no se ha encontrado en toda la plaza otra mas grande. Y es una lástima, porque algunos serán tan cortos de vista que no distinguirán la gráfica llamadita que se les hace, cuando convendria que hasta los ciegos la viesen. Ya se arreglará otra vez mejor; mas por ahora, oído á la caja.

LA VIDA EN EL CHALECO, novela original de J. M. Villergas. Un tomo en 8.º mayor de 640 páginas, bien impreso y bien encuadernado.

PRIMER TOMO DE LA CHARANGA, ó sea coleccion del periódico de este nombre, del tiempo en que estuvo á su frente como director y REDACTOR el citado Villergas. Contiene dicho tomo, entre otras amenas materias, cerca de cuatrocientas caricaturas, dibujadas por el excelente y conocido artista Landaluze, y se dará al precio de suscripcion.

Una y otra obra se hallan de venta en la redaccion del MORO MUZA, calle del Sol número 116, entre las del Inquisidor y San Ignacio.